

de nuevo la obra de las misiones abandonadas desde las cruzadas y cerrar el mundo á los protestantes por la conversión de los pueblos paganos. En 1541, es decir, solamente un año después de la constitución de la Sociedad de Jesús, uno de los compañeros inmediatos de Loyola, nacido como él en un valle pirenaico, Francisco de Javier ó Xavier, iba á evangelizar las naciones de las grandes Indias, á la vez como enviado espiritual del papa y como delegado civil de los reyes de Portugal. Visitó, en efecto, la India peninsular, y en 1549 el Japón. Su obra de conversión fué ciertamente considerable, y se cuentan maravillas de los pueblos que acudían á su voz para hacerse bautizar en nombre de Yaso, es decir, de Jesús, que se creía ser una nueva encarnación de Budha. Pero entre todos los milagros que se atribuyen á San Francisco Xavier, es difícil discernir la verdadera existencia del apóstol: sus amigos que quedaron en Europa hicieron de él casi un dios. Cuando murió en Goa, su tumba fué un lugar de peregrinación; su cuerpo hasta recibió el título de gobernador de las Indias, de virrey, de capitán general, y los verdaderos dignatarios se vieron obligados á hacerse conferir por él su delegación al poder. A la mitad del siglo XVIII, cuando los Portugueses no tenían ya más que una sombra de poder que defender en la península gangética, San Francisco Xavier fué oficialmente encargado en el cielo de «proteger las Indias».

El glorioso apostolado de Xavier, por notable que fuese en realidad, sin la aureola de milagros sobrepuesta por los devotos, no fué, sin embargo, la más admirable de todas las misiones enviadas por la Compañía de Jesús al mundo de los infieles. Durante su período de grandeza, la orden de los jesuitas dió pruebas verdaderamente prodigiosas de la cohesión sin igual de su organismo, cuyos miembros, fraternalmente unidos, trabajaban de concierto en obras tan diversas y de apariencias contradictorias; mientras que por una parte el pensamiento director de la orden empleaba las inteligencias más flexibles, los casuistas más sueltos en la trama, dirección y resultado de las intrigas cortesanas, sabía utilizar, en los países más lejanos, los fervores más incansables en catequizar tribus salvajes y agruparlas en naciones para terminar por una parte y por otra al mismo fin, la gloria de la Iglesia. Esta parte de la empresa de los jesuitas, la

propaganda, que unos protestantes, entre otros los hermanos moravos, imitaron después con un celo ardiente, aunque sin llegar, no obstante, á un resultado comparable al de sus antecesores, adquirió gran importancia, especialmente en China y en la América meridional, y contribuyó por diversos medios á desarrollar el estudio y el conocimiento de los países y de los pueblos de la tierra. Como Cortés, Pizarro, Gama y Albuquerque, los dos misioneros Verbiest, Anchieta y sus colegas luchaban y padecían por la conquista del poder.

